

LA LECTURA EN LA POLITICA CULTURAL, EL PENSAMIENTO PEDAGOGICO Y LA PRAXIS ESCOLAR CUBANA.

Dr. Alfredo González Morales

Dr. en Ciencias Pedagógicas. Profesor Titular del departamento de Español-Literatura del ISP Félix Varela. Villa Clara.

La revolución Cubana constituye en si misma el hecho cultural mas importante de la reciente historia del país. Su política encaminada a erradicar el analfabetismo, darle seguimiento a la enseñanza primaria y esforzarse por llevar la educación hacia un lugar cimero es expresión de una voluntad traducida en un hacer. La formación de un hombre con una mentalidad abierta bajo los efectos del perrecho cultural estuvo presente en la génesis del pensamiento y la obra de la revolución, y que si bien podría resumirse en la idea de Fidel cuando expresaba: "nosotros no le decimos al pueblo: cree; le decimos: lee" (Castro, 1966), porque esa era la vía para que el pueblo pudiera arribara a sus propias conclusiones sobre cuál había sido la historia de la humanidad y de Cuba y el significado que cobraba el nuevo tiempo que se abría para la Isla, y también porque era la vía de deshacerse del atraso neocolonial y poder construir una nación a partir de las posibilidades intelectivas de los cubanos.

Educación y cultura para la población ha constituido a lo largo del período revolucionario un apretado haz que representa una de sus más apreciadas conquistas democráticas, y si bien determinados momentos ambas se han visto lesionadas por los efectos negativos de la política imperialista, siempre ha contado con una atención especial, debido a la conciencia del estado de la importancia de la educación y la cultura para el desarrollo de la personalidad de los ciudadanos.

Quedaba reconocido desde un inicio el papel que juegan la educación y la cultura en la consecución de los más nobles ideales desde una perspectiva humanista. Se reconocía, asimismo, de que para hablar de cultura y educación, la lectura tenía que estar en el centro del quehacer, "los libros estarán a disposición de los alumnos, de los cuarteles que ahora estamos transformando en escuelas, de la clase pobre que antes no tenía libros, ni bibliotecas, porque vamos a luchar por una cultura de pueblo", diría Fidel. (Castro, 1960) En su libro *Literatura y edición de libros en Cuba* Pamela Smorkaloff (1987) hace un estudio sociológico en el que analiza cómo la política estatal daba raigal importancia a los problemas con masificar la cultura hasta ese momento privilegio de las clases sociales más altas, y cómo se tomaban medidas para que esa cultura fluyera en el plano social, girando en el caso que nos ocupa -la lectura- sobre dos ejes fundamentales: la educación y la dignificación del escritor que se evidenciaba, entre otros aspectos, en la edición de libros. Según ella con la ley No. 187 de 1959 que creaba la Imprenta Nacional se esboza por primera vez en la historia del país un proyecto para un sistema editorial consecuente con una visión cultural nacional (p. 117).

El ambiente cultural creado constituyó un fenómeno no registrado nunca antes en la historia del país, ni en otro país latinoamericano. Se crean instituciones culturales como la Casa de las Américas (1959) y organizaciones como la UNEAC (1961), que junto a otras promovieron la creación literaria y la lectura utilizando múltiples vías. Las ediciones alcanzaron cifras que permitieran afirmar que se poseyera el mayor per capita anual de libros de toda Latinoamérica e incluso de países desarrollados: 5.7 libros por habitantes, un título por

menos de 5 mil habitantes. Los precios, que oscilaban alrededor de los 90 centavos, permitían su adquisición masiva. Aunque pudiera argüirse en contra que no siempre todo lo publicado estuvo respaldado por una calidad artística, de lo que sí no cabe dudas es que se puso al alcance del lector cubano parte sustanciosa de lo mejor de la literatura universal - "Aquí jamás se había publicado en libro una obra extranjera antes de 1959, con las excepciones de rigor que no eran muchas" (Fornet, 1997)- y nacional como puede apreciarse en los catálogos de las editoriales creadas en ese lapsus.

Junto al boom editorial y al empeño por elevar el nivel cultural de la población era necesario buscar las vías pedagógicas para incentivar el hábito de lectura, teniendo en cuenta lo decisivo del aporte escolar cuando se pretende formar a un público lector, más aún si se pretende que ese público lector sea lo más amplio posible. Muchos intelectuales -de hecho grandes pedagogos- escribieron sobre cómo promover la lectura, baste solo mencionar los nombres de Mirta Aguirre, Camila Henríquez Ureña, Beatriz Maggi, Ernesto García Alzola y Raúl Ferrer. Correspondió a ellos sobre la base de su experiencia docente y el caudal de su cultura señalar cómo estimular la lectura literaria, apreciarla, para lo cual su enseñanza desempeña un rol primordial. Hay dos textos claves que resumen lo dicho sobre la promoción de la lectura, especialmente a través de la enseñanza de la literatura: *Invitación a la lectura (1964)* de Camila Henríquez Ureña y *Lengua y Literatura (1971)* de Ernesto García Alzola. *Invitación a la lectura* recoge un conjunto de conferencias impartidas por la autora en el Instituto de Superación Educacional (ISE) del Ministerio Educación. Las ideas expuestas por Camila Henríquez Ureña en torno a la promoción de la lectura poseen un gran valor desde el punto de vista histórico en el campo pedagógico, no solo por ser el primer estudio coherente sobre cómo iniciar al alumno en la lectura, sino, y fundamentalmente, por lo acertado de sus consideraciones al ofrecer un conjunto de recomendaciones metodológicas para ese fin, fundamentadas con solidez, cuya vigencia es innegable a la luz de las investigaciones actuales sobre la promoción de la lectura.

Camila Henríquez ofrece en su texto una guía para que el estudiante común -no el crítico, el especialista- se acerque a la lectura y la disfrute, experimente goce estético ante el texto. Para ella esta es la dirección que debe seguir la enseñanza de la literatura en la escuela, dar los rudimentos que faciliten al alumno comprender la obra e identificarse con ella, provocándose así un encuentro agradable. Lo importante es leer, aunque ello no quiere decir que considere superfluo que ese lector esté pertrechado de elementos de apreciación literaria que le permitan un mejor abordaje de la literatura.

En torno a la relación literatura-disfrute giran las ideas expuestas por la autora, porque sin disfrute se despoja a la literatura de una de sus esencias y porque el disfrute es la garantía de que se produzcan nuevas lecturas. Se aprende literatura leyendo, no haciendo ejercicios de aplicación de elementos perceptivos previamente estudiados, que en última instancia pudieran acarrear entorpecimiento en la entrada de la lectura literaria.

Camila Henríquez se opone al dogmatismo en la conducción del hábito de lectura, para lo cual considera que no existen reglas absolutas, sino que se debe respetar la capacidad de apreciación del lector, en cómo este recibe, comprende el texto, porque en definitiva el deleite es individual y está dado por lo personal de la apreciación.

Se reconoce a la lectura como un acto personal a través del cual el lector se enriquece como tal y no desconoce minimiza la función del profesor en el proceso de acercamiento entre aquel y la obra. El profesor es un orientador, cuyo saber y profesionalidad puede desbrozar el camino para que dicho encuentro se produzca con éxito. Es el quien familiariza al alumno

con las técnicas literarias y la lectura como vía para realizar una lectura inteligente y pueda así apreciar el hecho literario. La función del profesor cobra especial importancia en la orientación de las lecturas que haga el alumno y por consiguiente en la formación del gusto estético.

Al igual que el libro de Camila Henríquez, *Lengua y Literatura* de Ernesto García Alzola constituye una obra de obligada referencia al abordar los problemas de la enseñanza de la literatura y el papel que esta desempeña en la formación del hábito por la lectura, cuyo logro en mucho depende de una enseñanza antidoctrinaria que propicie las relaciones empáticas entre el texto literario y el lector.

Alzola es contrario a enseñar literatura de forma semejante a cómo se enseñan las demás materias, puesto que en la literatura lo afectivo juega un papel predominante, dadas sus especificidades comunicativas que la diferencian de otros tipos de discursos. La principal tarea de la escuela antes de iniciar el estudio sistemático de la literatura es enseñar a aprender a leerla.

La enseñanza de la literatura, considera el autor, debe tener como fin motivar hacia la lectura. Plantea que el primer valor que se debe trabajar es el humano, lo que porta la obra para el perfeccionamiento espiritual, humanístico del alumno. Tal concepción lo lleva a reaccionar contra la enseñanza tradicional de la literatura que sobrevolara lo estético en detrimento de lo humano.

Si bien cuando sitúa los objetivos de la enseñanza de la literatura en el nivel medio coloca al final "Fortalecer el hábito de lectura recreativa y desarrollar las habilidades que caracterizan a un buen lector"(p. 44), no quiere decir que le dé un último lugar, sino que es una conclusión a la que conducen los objetivos precedentes, en los cuales está implícito la formación del hábito de lectura como puede inferirse, por ejemplo, del primero: "Poder relacionar la literatura, mediante los problemas humanos que plantea y las soluciones que les da, con la vida real de nuestros alumnos (p. 144).

En la consecución de tales objetivos es necesario que el profesor tenga "sensibilidad estética que sienta, casi pudiéramos decir, apasionadamente, la literatura" (p. 162), para lo cual requiere una serie de cualidades espirituales, de métodos, de procedimientos y medios de conducir la actividad docente. Contrario a las formas tradicionales de enseñanza centradas en el profesor, aboga por aquellos que dan mayor participación al alumno en su trabajo y disfrute con el texto.

Su interés por lograr relaciones atractivas entre el alumno y la literatura lo conducen a plantear nuevas formas, en el entorno cubano, de organizar los contenidos - tradicionalmente estructurados cronológicamente- como el temático, en el que se selecciona un conjunto de obras en torno a un eje temático, cuyo análisis se realizará empezando por textos actuales para después retroceder temporalmente.

La selección de los textos que sugiere para su estudio en los diferentes grados expresa su voluntad de unir la calidad artística y el nivel del estudiantado con lo interesante de la trama y su asequibilidad lingüístico-estructural.

La propuesta de Alzola descansa en facilitar una entrada no traumática en la literatura, sino por el contrario agradable, acogedora. Siguiendo sus orientaciones el alumno accede a la literatura mediante el placer que ella entraña y este es un aval que propicia el establecimiento de relaciones duraderas en la que el arte literario enriquecerá su personalidad.

Las obras reseñadas demuestran un pensamiento pedagógico avanzado, una concepción novedosa en cuanto a la enseñanza de la literatura y el papel de esta en la promoción de la lectura, que las diferencian de los criterios pedagógicos dominantes antes de 1959. En el período prerrevolucionario la enseñanza de la literatura estuvo caracterizado por un enfoque descriptivo perceptivo; el estudio extensivo con muy escasas y fragmentarias lecturas; criterios no razonables en la selección de los textos de autores y obras; el énfasis en los valores estéticos con olvido de los humanos, sociales culturales; la falta de objetivos precisos, etc. (Mañalich, 1980). Esta enseñanza tradicional impedía un acercamiento a la literatura que favoreciera el hábito de leer. Como puede observarse las ideas de Camila y Alzola no solo fluyen en las tendencias más contemporáneas de la didáctica, sino que son un correlato de la política y praxis cultural revolucionaria.

Al mismo tiempo si analizamos el comportamiento de la enseñanza de la literatura en la educación general se aprecia una voluntad y práctica por perfeccionar el estudio de esta materia, al despojarse del preceptivismo que la había caracterizado y dar paso a un acercamiento del alumno a las obras y al contexto histórico-social en que estas se generaron.

En la concepción de los programas como -y puntualmente- en la práctica escolar se ha contado con insuficiencias de diversa índole originadas, en su médula, por problemas de rigidez en el tratamiento didáctico, lo que ha entorpecido el establecimiento de mejores vínculos en el orden afectivo entre alumno-literatura. El reconocimiento de tales deficiencias y la voluntad de erradicarlas por parte del Ministerio de Educación se evidencia en el perfeccionamiento de los programas y las orientaciones metodológicas que acompañan a estos, así como otras orientaciones emanadas de esa instancia, en las cuales se aboga por aproximar el trabajo con la literatura en la escuela a la más avanzada teoría pedagógica. Se carece de un estudio integral sobre hasta dónde se elevó el nivel de lecturas bajo los efectos de la política cultural y el desarrollo de la educación -en especial a través de la enseñanza de la literatura-, pero de lo que sí no cabe dudas es que ambas contribuyeron decisivamente a la formación de una ciudadanía con un espectro cultural nunca antes alcanzado, manifiesto, entre otros aspectos, en la aparición de un nuevo público lector que compró todo lo que se publicó y que usaba el sistema nacional de bibliotecas. Los resultados obtenidos en aquellos momentos -digamos década del 80- estaban por debajo de las aspiraciones del estado. En 1984 se decide realizar una campaña por la lectura al frente de la cual estaba el maestro Raúl Ferrer y que sería "como una segunda etapa de crecimiento cultural (Ferrer, 1984), ya que la primera fue la alfabetización. La campaña partía del presupuesto de que a pesar de la alta cantidad de libros que se editaban no todos leían y se estaba deficiente aún en determinadas zonas de lectura. Había quienes se contentaban leyendo únicamente los títulos de un diario, o la sección que más les interesaba y nada más (Ferrer, 1984). Es decir, una vez más se enfatizaba en la universalización de la cultura presente en la concepción misma del proyecto revolucionario.

La cultura como derecho y deber ciudadano, no de determinados estratos, sino de todo el pueblo, ocupó cada vez más el quehacer revolucionario. En el IV Congreso de la UNEAC Carlos Rafael Rodríguez se pronunciaba por una cultura traducida en forma de comportamiento social y expresaba que los logros en el plano cultural no estaban en correspondencia con otros alcanzados por la Revolución. "Tenemos un pueblo cada vez más instruido pero todavía no tenemos un pueblo culto"; revertir esa situación -preciso- "es una obligación revolucionaria" (Rodríguez, 1989).

Con la llegada de los 90 la situación del país se torna difícil económicamente debido a la caída del campo socialista con el cual se mantenían los fundamentales convenios comerciales y financieros y el reforzamiento del bloqueo norteamericano. El país se declara en período especial, caracterizado por la falta de recursos económicos. Tales acontecimientos influyen en el plano cultural. Con respecto a la situación de los libros, por ejemplo, "de los 60 millones de ejemplares al año el país solo alcanzó a producir poco más de un millón en 1992 (González, 1998).

Como consecuencia del período especial el lector promedio está dejando de leer. Entre las razones incidentes en este fenómeno se encuentran la disminución editorial y el aumento del costo de los libros, presencia cada vez mayor de otros medios que le restan espacios a la lectura (salas de videos, juegos electrónicos, etc.), la subutilización de los servicios bibliotecarios, la presencia en algunas personas de crisis en sus valores, quienes dan mayor peso al consumismo y a la banalidad en general que a lo espiritual.

Sin embargo, a pesar de que poco a poco la industria del libro se recupera, aún no podrá satisfacer las necesidades de lectura de la población. Ante la negativa a continuar perdiendo los espacios ocupados por la lectura en la sociedad y elevarla todavía más, se conciben otras vías que garanticen animarla. En esta dirección está concebido el *Programa Nacional por la Lectura*, debatido y proclamado el 31 de marzo de 1998.

En la presentación del Programa se expresó que él "se concibe en términos estratégicos y no como una campaña coyuntural. Para que sea viable. Para que sea viable tiene que incorporar en su diseño y aplicación las especificidades que caracterizan a cada territorio, sector y grupo social, y ser lo suficientemente flexibles como para ajustarse a los cambios y adecuaciones que su puesta en práctica recomiende" (Programa, 1998:2). Asimismo, señala que en "su concepción y aplicación participarán las instituciones educacionales y culturales, organizaciones políticas y de masas, y los medios masivos de comunicación, y convocará a cuántas entidades y personas puedan dar contribución a este empeño. También atenderá al papel que pueden desempeñar la familia y la comunidad". (ibidem). Es decir, se enfoca la promoción de la lectura como un problema que debe ser afrontado por la sociedad en su conjunto.

Indiscutiblemente para lograr la materialización del Programa la escuela desempeña un lugar medular, pues como expresara Abel Prieto "ella es la institución cultural más importante de la sociedad". Es por ello que el Programa Nacional por la Lectura es proclamado por los ministerios de Cultura y Educación.

Los principios, objetivos generales y parciales del Programa fundamentan y trazan coherentemente las direcciones en que debe trabajar la sociedad cubana para estimular el hábito de lectura. Constituye la materialización de una voluntad cultural y educacional.

Bibliografía:

Castro Ruz, Fidel (1966): "Discurso del 1 de mayo". En: Documentos Políticos. Tomo II. La Habana. Editora Política.

Ferrer, Raúl (1984): "La universidad más económica: el libro". Entrevista realizada por Basilia Papastamatiú. En: Juventud Rebelde. (La Habana) 30 de septiembre.

Fornet, Ambrosio (1997): "Entrevista a Ambrosio Fornet". En: La Revista del Libro Cubano (La Habana) (2).

García Alzola, Ernesto (1971): Lengua y Literatura. La Habana. Editorial Arte y Literatura.

Henríquez Ureña, Camila (1975): Invitación a la lectura. La Habana. Editorial Pueblo y Educación.

Mañalich Suárez, Rosario(1980): Metodología de la enseñanza de la literatura. La Habana. Editorial Pueblo y Educación.

Programa Nacional por la Lectura (1998). Impresión ligera.

Rodríguez, Carlos R. (1989): Palabras en el IV Congreso de la UNEAC. En. Revolución y Cultura. (La Habana) (2).

Smorkaloff, Pamela (1987): Literatura y Edición de libros en Cuba. La Habana. Editorial de Arte y Literatura.